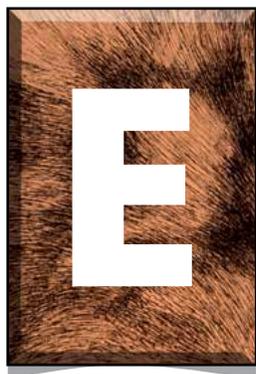


Estados Unidos: elecciones de 2020

Iván Álvarez*



El año de la pandemia fue el principio del fin para Donald Trump. Después de cuatro años de insistir en la división gente/élite corrupta, que difundió profusamente el presidente estadounidense, proponerse como defensor de las personas no impidió su derrota en las urnas el pasado mes de noviembre.

La percepción del mal manejo de la pandemia ocasionada por el COVID-19, que a su vez afectó la economía norteamericana, da cuenta de la derrota del inquilino de la Casa Blanca. Desde la llegada del SARS-CoV-2 a Estados Unidos, Donald Trump minimizó los efectos de la enfermedad, incluso una vez que él mismo se contagió.

La pandemia se extendió por Estados Unidos hasta ser el país que encabeza a nivel mundial el número de contagios y el presidente pagó por ello. No tanto por no evitar los contagios —que, como se ha visto en otros países, es algo complicado de lograr—,

sino por una especie de desdén hacia los especialistas, a quienes zigzagueantemente seguía, o no, según las necesidades del momento. El video del 2 de noviembre en el que se escucha a la muchedumbre en un mitin de Florida pidiendo la cabeza de Fauci —cara visible del grupo de trabajo para el COVID-19— y a Trump comprometerse a concederla apenas pasen las elecciones es un botón de muestra; así como sus traspies ignorando las indicaciones de la Organización Mundial de la Salud al congregar multitudes en sus mítines o anunciando en julio pasado la salida de EE. UU. de la misma.

En efecto, Donald Trump ha demostrado ser un tipo particular de político, un *outsider*, un *showman*, tan solvente en su histrionismo que le bastó ser él mismo para ganar primero y más tarde para perder. Joe Biden, en la acera de enfrente, tuvo la suerte de no ser Trump, no hacer mítines, ni hablar demasiado. Ser todo lo políticamente correcto que no es Trump le valió a Biden la presidencia del imperio, como lo expuso recientemente sin ningún matiz: “Estados Unidos ha vuelto y está listo para liderar el mundo”.



* Docente investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Sin embargo, para ser el presidente que los medios dicen que es: el villano favorito de Occidente, el troglodita gruñón y berrinchudo que se aparece en las pantallas o que tuitea con fruición, Trump estuvo a un tris de repetir en el cargo. Los seis o siete millones de votos de norteamericanos que tiene de ventaja Biden tristemente palidecen, si se toma en cuenta la “tragedia” que se vertió durante cuatro años en los Estados Unidos por acción u omisión de su presidente. El trumpismo está vivo y tiene un activo de 74 millones de personas que, pese a todos los errores, horrores e imprudencias de Trump —reales e imaginarios—, han decidido apostar por algo distinto a los políticos y las formas de hacer política de formas clásicas.

Existe hoy una sociedad norteamericana —¿mundial?— partida a la mitad que está en la búsqueda de una nueva forma de relacionarse con lo público. Empezar por cambiar un sistema electoral absolutamente rebasado como el famoso colegio electoral no es un paso menor para la democracia más ensimismada del mundo. El suspense en el que estuvo el mundo, EE. UU. incluido, debido a una forma an-

tigua de traducir los votos en la regla de la mayoría puede evitarse. La autopoiesis democrática estadounidense está en riesgo no porque falten ciudadanos críticos y participativos, sino porque la realidad cambió y los políticos tradicionales no se han dado por enterados. Trump se va, pero la falta de respuesta de Biden a algo que no entiende o no acepta, la nueva forma en que los ciudadanos se relacionan o buscan relacionarse con lo público, puede hacer que el trumpismo o sus máscaras vuelvan al poder.

Las triquiñuelas de Trump para aceptar los resultados de manera forzada —en realidad, sin aceptar su derrota— podrían haberse evitado. A la, todavía, primera potencia del mundo le bastaría con echar un ojo a casi cualquier país de América Latina para aceptar que la regla de la mayoría es equivalente al mayor número de votos. Si, al igual que los padres fundadores, los políticos estadounidenses actuales desconfían de los rasgos más democráticos para revigorizar su sistema político, la revuelta ciudadana puede ser la respuesta a los moldes de participación y representación que Washington busque imponer. 

